





largamente. Sus amigos fueron exactos á la cita. Conrado, que era un bebedor campechano, sin dársele un ardite de lo porvenir, que se reía de todo, aun hasta de su párroco, montó sobre un tonel, con la cara encendida por amplias libaciones que habia cruzado con sus vecinos, segun su costumbre, y desde allí empezó á hacer el Profeta, prometiendo, á cuantos quisiesen inscribirse en su cofradía, tierras al pie de la montaña del *hambre*, ganados en los pastos de la *miseria*, y viveros en el mar de la *mendicidad*. La asociacion quedó muy pronto constituida. Conrado enganchó á todos los aficionados á beber á escondidas el vino que podian comprar al abad. En 1502 se hallaba ya constituida una cofradía, que habia tomado por pendon un zapato (*Bundschuh*), y que tuvo que disolverse en virtud de una orden del Emperador Maximiliano.

Conrado no se habia propuesto hacer la guerra al Emperador, sino reirse, y por eso escogió por armas un tonel. Cada ciudad tuvo muy luego algunas cofradías, á imitacion de la de Schoendorf, que no pensaban mas que en reir, cantar, bailar y embriagarse: el poder las dejaba obrar.

En 1514 el duque de Wurtemberg, que contaba en sus Estados gran número de cofradías del tonel, aumentó la contribucion sobre el vino. Conrado hizo una mueca; pero volvió con mas fuerza á su acostumbrada risa, y se le ocurrió (este dia habia bebido mas que lo de costumbre) citar á juicio á su señor. El tribunal debia reunirse en la plaza de Schoendorf, y debian ser los jueces sus compañeros de mesa. Debe añadirse que el duque, avaro en demasia, habia hecho lo que otras veces se practicaba en Constantinopla: habia disminuido las pesas y medidas. Ahora bien: banquero, comerciante y factor privilegiado del ducado, estaba seguro de hacer buenos negocios, y no se engañaba.

El tribunal se reunió, teniendo por espectadores á toda la aldea, y en presencia de todos trajeron una gran cuba de agua, y á su lado colocaron el cuerpo del delito, que eran

las pesas limadas por S. A. Conrado las dejó caer en la cuba, y, como es natural, se fueron al fondo. La multitud aplaudia con palmadas, y reía á carcajadas: Dios ha pronunciado la sentencia; el duque está condenado.

Ocho dias despues se hacia comparecer ante ese tribunal de Dios, en gran número de poblaciones, á los duques, á los electores, á los barones y á los curas: y en todas partes su simbolo, el pedazo de hierro arrojado en el agua, se encontraba demasiado ligero, y se gritaba ¡hurrá, hurrá!

Las cofradías del pobre Conrado se aumentaban; pero sus asociados no eran todos de tan buen humor como el aldeano bávaro. En aquellos momentos se presentaba Lutero en la cátedra de Wittemberg, y venia, decia él, para libertar la Alemania del *yugo del Pontificado*. Los discipulos de Conrado se agrupaban alrededor de Lutero, porque hacia la guerra á los nobles y porque prometia á los pobres las migajas que caian de la mesa de los malos ricos. Conrado continuaba riéndose, y para hacerle callar le cortaron la cabeza; pero la risa no murió por eso: se reía en Carinthia, en Baviera, en Wurtemberg, y, sobre todo, en la Sajonia lectoral, pais de la Alemania en que tan opulentas eran las fundaciones de Carlomagno. Lutero continuaba persiguiendo con su cólera á los Prelados que, segun él, «se enriquecian á espensas de la Germania,» llamándoles desde el púlpito ladrones y bribones. Estos Prelados, que eran por lo regular los señores temporales de los distritos, que tenian que pagarles censos, impuestos y derechos de toda especie, eran calificados por el doctor de gusanos del infierno y secretarios de Satanás. Menzel reconocia positivamente que la palabra de Lutero no solo era religiosa, sino una palabra política, que debia acabar por echar en las poblaciones los gérmenes de la rebelion.

Escuchad al Mirabeau de los claustros:

«Escuchad: yo soy el evangelista de Wittemberg; Jesucristo es quien me da este nombre; en el dia del jui-



cio dirá que la doctrina que enseñé era la suya, y no la mía.

«Desconfiad de los Obispos como del mismo diablo. Si os dicen que no es lícito insurreccionarse contra el poder eclesiástico, responded: ¿Es preferible obrar contra el Señor y su Verbo? ¿Será mejor que el mundo perezca, que las almas sean muertas por toda una eternidad, y dejar dormir con un dulce sueño á esas momias episcopales?»

«Mueran los Obispos, los monasterios y los colegios, antes que una sola alma.

«¡Morir por un hato de ídolos y de muñecas, que no sirven mas que para vivir á espensas del trabajo y del sudor de los demas!

«Obispos, colegios, monasterios, Universidades, son otras tantas madrigueras donde van á perderse las riquezas de los príncipes.»

No se juega impunemente con la cerveza de Munich, dice un antiguo proverbio bávaro: la palabra de Lutero era todavía mas embriagadora. Su manifiesto despues de la celebracion de los Estados de Nuremberg era un bello himno á la revolucion. Estos pobres aldeanos escuchaban los cánticos del doctor, creyendo ver asomar la aurora del dia en que la tiranía monárquica y papal iba á bajar á la tumba con todos sus autores, prelados, abades, príncipes y señores. Al mismo tiempo se vió agitarse una parte de los Estados de Alemania, y allí tambien son los campesinos los que llevan la bandera. En Reichenau, cerca de Constanza, se levantan contra su abad, porque no queria recibir á un predicador luterano; en Tenger se reúnen á millares para poner en libertad á un sacerdote novador que se tenia en reclusion. El abad de Kesupten ensaya inútilmente oponerse á la reunion sediciosa de sus siervos, los cuales sitian su castillo, lo reducen á cenizas, y sobre sus ruinas plantan los vencedores una bandera, en donde está escrita la palabra *libertad*. Algunos caballeros vinieron á asociarse á estos movimien-

tos populares para dirigirlos; tales como Franz, de Sickingen, que se declaró jefe de la liga de Franconia; Igoetz, de Berlichingen, cuya mano de hierro aplastaba todo lo que se elevaba demasiado alto en el campo clerical, y que concluyó por morir en la prision en que quiso ahogar al último de los sacerdotes. Hutten se servía de su espada y de su pluma para animar á los rebeldes. Los campesinos no eran mas que groseros instrumentos, de que se servian los nobles para robar las riquezas del clero, en nombre del cielo y de la libertad, leyendo á sus vasallos los manifiestos de Lutero, y traduciéndolos, en caso necesario, en estilo popular.

Su ministerio era casi siempre inútil, porque la palabra de Lutero era una cortesana sin velo. Así, en el momento en que la Sajonia estaba llena de movimientos insurreccionales, Lutero, que queria hacer sufrir á los príncipes la pena de no adivinar el carácter político que debian tomar estos movimientos, se dirige á la nobleza de Alemania, y sus consejos se parecen á los raptos de los Profetas contra los hijos de Israel, mas bien que á los avisos de un mediador:

«Vuestra es la responsabilidad de esos tumultos y de esas sediciones, príncipes y señores, dice: vuestra, sobre todo, ciegos Obispos, sacerdotes insensatos.

«Vosotros, que os obstinais en haceros los locos y en lanzaros contra el Evangelio, sabiendo que quedará en pie, y que no lo destruiréis.

«¿Cómo gobernais? No sabeis mas que destruir, destroz y despojar, para sostener vuestra pompa y vuestro despotismo. El pueblo y el pobre están cansados de vosotros.

«La espada está levantada sobre vuestras cabezas; ¿y os creéis tan fuertes en vuestras sillas, que no podais ser derribados?

«¡Ciega seguridad, que os costará el cuello! Ya lo ve-



reis... Dios os estrecha y os amenaza; su cólera caerá sobre vosotros si no haceis penitencia.

»¡Ved las señales del cielo; esos son avisos de Dios! Esto no anuncia nada bueno, queridos señores.

»Estas son predicciones de lo alto, que os dicen estar todo el mundo cansado de vuestro yugo, y que ha llegado el tiempo en que todos se apresten á romperlo.

»Es necesario cambiar. ¡Guay de la cólera de Dios! Si no cedéis voluntariamente, se apelará á la fuerza bruta.

»Si los campesinos no se hubiesen levantado, otros lo hubieran hecho en su lugar.

»Aun cuando anonadeis á los rebeldes, otros aparecerán: Dios suscitará otros nuevos; porque quiere castigaros, y os castigará.

»Señores míos, no son los aldeanos los que se rebelan contra vosotros, sino Dios mismo, que quiere visitaros por vuestra tiranía.

»A un borracho se le forma una cama de paja; el campesino la necesita todavía mas blanda. No vayais á guerrear con ellos, pues no sabeis el término que todo esto tendrá.»

Los campesinos respondieron á este llamamiento levantándose en masa. La Thuringia, la Alsacia, una parte de la Sajonia, la Lorena y el Palatinado, se sublevaron; los campos estaban cubiertos de tiendas rústicas, de donde salían, en lugar de gritos de guerra, cánticos sagrados; los aldeanos acudían cantando, armados de estacas, que cortaban en los bosques, y guardados en sus campamentos por espesas murallas de carretas, dispuestas en forma de retrincheramientos, y diciendo que Dios sabría cubrirlos con su escudo en el día del combate. Dios parecía combatir por ellos: la victoria les proporcionó muy luego lanzas, picas, caballos, y hasta piezas de artillería. Pero ¿qué artillería podía compararse con la palabra ardiente de alguno de sus jefes, que barria ante ella las campiñas, y las

despoblaba para arrojar los habitantes en la rebelión? Storch ya no existía. Se diría que la naturaleza crea espresamente algunas almas para estos tiempos borrascosos, y que las tiene en reserva para hacerlas aparecer cuando debe estallar la tempestad. Hé aquí un hombre enteramente desconocido, que se presenta en nombre del cielo, para reemplazar al profeta ausente: es un renegado del catolicismo, un monge premostratense, que se vende por estar en relaciones con el Señor, que le revela su voluntad en sueños. Pfeifer no busca sus inspiraciones en la Biblia; refiere las maravillas, y esto basta para sublevar la multitud.

Hé aquí una de sus visiones:

«Yo he visto, dice, una multitud prodigiosa de ratones, que iban á arrojarse sobre un granero para devorar el grano. ¡Príncipes que nos saqueais, vosotros sois esos ratones; magistrados que nos oprimís, vosotros sois esos ratones; nobles que nos devorais, vosotros sois esos ratones; pero durante el sueño me he lanzado sobre esos animales, y he hecho en ellos una gran carnicería! ¡A las armas, pues! ¡Fuera de vuestros campos! ¡Israel, á tus tiendas! ¡Hé aquí el día del combate; caigan nuestros tiranos y sus castillos! Nos espera un rico botín, que llevaremos á los pies del profeta, el cual lo distribuirá entre nosotros.»

Munzer por su parte bajaba á las ruinas de Mansfeld.

«¡Despertad, hermanos míos, esclamaba; despertad los que dormís; tomad vuestros martillos, y herid la cabeza de los filisteos! ¡La victoria acaba de declararse por nuestros hermanos en Eichsfeld! ¡Gloria á ellos! ¡Que su ejemplo os sirva de lección, Baltasar, y tú, Bartolomé Kerump, á vosotros! Cuidad de la obra de Dios. Hermanos, que vuestros martillos no queden ociosos; descargad golpes redoblados en el yunque de Nemrod; pelead contra los enemigos del cielo el hierro de vuestras minas: Dios será vuestro Señor. ¿Qué teneis que temer, si Dios está con vosotros? Cuando Josafath oyó las palabras del Profeta, se arrojó al suelo



hasta tocar su cara con la tierra. Hermanos: humillad vuestras cabezas; porque hé aquí que Dios viene en persona á vuestro socorro.»

Entonces hubiéseis podido ver cómo estos arsenales subterráneos vomitaban batallones de hombres ennegrecidos por el humo, armados con palas, azadones y hierros candentes, respondiendo á la voz que los llamaba, con gritos de sangre, contra los nobles y los sacerdotes. Munzer, cual otro Satanás, pues cree uno leer una escena de Milton, los cuenta, los coloca en orden de batalla, y les da á conocer el punto de reunion general. Ninguno de ellos faltó á la cita. Al salir de las minas, les dirige á otros hermanos sublevados este enérgico llamamiento:

«¿Dormis, hermanos míos? ¡Sus, á combatir el combate de los héroes! La Franconia entera está levantada; el Señor ha de verse apretado; los malos caen. En la semana de Pascua cuatro iglesias han quedado por tierra en Funda, y los paisanos de Klegen han corrido á las armas. Aunque no fuérais mas que tres confesores de Jesus, no deberiais temer á diez mil enemigos. ¡Tran, tran, tran! Hé aquí el momento: los malos serán perseguidos como perros. No haya piedad para esos ateos; ellos os suplicarán, os llenarán de caricias, y os llorarán como niños; pero no haya compasion, porque tal es el precepto de Dios, comunicado por la boca de Moisés, 5, 7. ¡Tran, tran, tran! porque el fuego abrasa; que la sangre no se enfrie sobre la hoja de vuestras espadas. ¡Pim, pam! sobre el yunque de Nemrod; que las torres caigan á vuestros golpes. ¡Tran, tran, tran! Hé aquí llegado el día: Dios os precede; seguidle.»

Lutero habia formado la tempestad; á él le tocaba ahora conjurarla, si era posible. Lo intentó, sacudiendo en medio de su sueño á todos esos principes, medio luteranos y medio católicos, que dormian sobre plumas, y que sólo habian tenido valor para cerrar los conventos y espulsar á

amedrentadas monjas ó á frailes enfermos; para abolir la Misa y dar á escondidas algunos puntapiés al catolicismo. Pero ahora que se les pedia con las armas en la mano la libertad de conciencia, se asustan y tiemblan, y todo lo que Lutero puede obtener de ellos es que pedirán á los rebeldes que formulen sus quejas:

Cristóbal Schalpper, sacerdote, y suizo de nacimiento, habia escrito el manifiesto de los campesinos, que querian:

1.º Que se les permitiese elegir sus pastores entre los que predicasen el Evangelio en toda su pureza.

2.º Que no se les pudiese obligar á pagar los diezmos mas que en grano.

3.º Que en lo sucesivo no se les tratase como esclavos, porque la sangre de Jesus los habia redimido.

4.º Que se les permitiese cazar y pescar, porque Dios les habia dado en la persona de Adan el imperio sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo.

5.º Que pudiesen buscar leña en los bosques para calentarse, preparar la comida y resguardarse de la intemperie.

6.º Que se dulcificase el servicio personal, que debian prestar al señor.

7.º Que se les permitiese poseer tierras.

8.º Que las contribuciones no excediesen del producto de las tierras.

9.º Que se aboliese el tributo que estaban obligados á pagar al señor á la muerte de un padre de familia, para evitar que el huérfano y la viuda anduviesen de puerta en puerta mendigando su preciso sustento.

10.º Que si se engañaban, se les reprendiese con ayuda de la palabra de Dios.

Lutero se encargó de responder á los campesinos rebeldes, y lo hizo en los siguientes términos:

«Hermanos míos: los principes que se oponen á la pro-



pagacion de la luz evangélica entre vosotros; son dignos de la venganza de Dios, y merecen caer de su trono; pero ¿no seriais vosotros tan culpables como ellos si mancháseis vuestras manos y vuestras armas en la sangre que tratáis de derramar? Yo sé que, so pretexto del Evangelio, Satanás oculta entre vosotros hombres de corazón cruel, cuya lengua irritada trata de desconceptuarme; pero yo los desprecio, y no temo sus furores. Se os dice que triunfareis, que sois invencibles; pero el Dios que destruyó á Sodoma, ¿no puede acabar con vosotros? Hombres de espada, por la espada perecereis. Vosotros decís: «El yugo de nuestros señores es insoportable; rompámosle, porque nos arrebatan la libertad de oír la voz del Señor.» Pero la ley natural prohíbe al hombre hacerse justicia á sí mismo, y vosotros la pedís en nombre de una autoridad que se os ha negado. No habéis de revelaciones que autorizan vuestra rebelion. ¿En dónde están los milagros que las autorizan? ¿Qué! El espíritu del Señor, ¿habria de confirmar con prodigios el robo, el asesinato, el latrocinio y la usurpacion del derecho de los magistrados?

»Ellos os roban vuestros bienes: ¡iniquidad! Vosotros les usurpais su jurisdiccion: ¡iniquidad! ¿Qué seria el mundo si triunfáseis? Una cuadrilla de ladrones, en que reinase la violencia, el saqueo y el homicidio... Jesus no necesita de la fuerza bruta para que le defiendan. Pedro echa mano á su espada, porque se queria arrancar la vida al Redentor y el Evangelio á sus discípulos. ¿Qué hace el Señor? Manda á Pedro que meta la espada en la vaina: bella leccion, que nos enseña que la paciencia debe ser nuestra única arma en el dia de las pruebas. Ved si no he respetado yo siempre al soberano. Gozando de su poderosa proteccion, he oido los gritos de venganza de los papistas, y he permanecido inalterable. Por lo demas, no pretendo yo justificar á vuestros magistrados: conozco su injusticia, y la detesto; pero esperad, que ya llegará vuestro dia.

»Pedís que se os deje en libertad para escuchar la palabra del Evangelio; pero esta palabra se anuncia en varios puntos. ¿No podeis cambiar de domicilio, y venir aquí á beber en las fuentes del Verbo Divino? Venid: aquí encontrareis á Jesus. ¿Quereis elegir vuestros Pastores? Ahí tenéis vuestros magistrados: hacédles presentes vuestros deseos. Si se niegan á escucharlos, entonces sois libres: si se emplea la fuerza contra vosotros, que el Pastor huya, y con él su grey: «¡Fuera diezmos!» gritais. ¿Con qué derecho se los quitais vosotros á sus legítimos poseedores? «Es para convertirlos en limosna.» ¿Pero puede nadio mostrarse generoso de esa manera con bienes usurpados? Quereis emanciparos de la esclavitud; mas debéis saber que la esclavitud es tan antigua como el mundo: Abraham tuvo esclavos, y San Pablo estableció reglas para los que el derecho de gentes ha reducido á la servidumbre. Los derechos de pesca, de caza y de pasto están regulados por la jurisprudencia. Vais á gritar mucho á la lectura de mi carta, y direis que Lutero se ha convertido en cortesano de los principes; pero antes de desechar mis consejos, examinadlos: sobre todo, no escuchéis la voz de esos nuevos profetas que os engañan; yo los conozco.

Munzer, por toda contestacion, desgarró una página del folleto titulado *Contra falso nominatum ordinem ecclesiasticum*, y lo envió á Lutero. En ella se leia lo siguiente: «Esperad, Sres. Obispos, gusanos del diablo, que el Dr. Martin quiere haceros leer una Bula, que sonará mal á vuestros oídos: es una Bula luterana: «Cualquiera que ayude con su brazo, con su fortuna y con sus bienes á arruinar á los Obispos y á la jerarquía episcopal, es un buen hijo de Dios, un verdadero cristiano, que observa los mandamientos del Señor.»

Osiander el sacramentario siente que Munzer no ha-